


OA

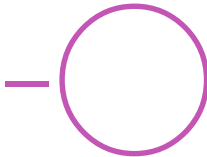
Pi

TU

LO





—  dio esta época del año —dice Rachel—. Lo siento, Sierra. Seguramente repito esto todo el tiempo, pero es la verdad.

La niebla de la mañana hace apenas visible la entrada de la escuela en el fondo del patio. Decidimos mantenernos por el pavimento para evitar el césped húmedo, pero Rachel no se está quejando del clima.

—Por favor, no hagas esto —le suplico—. Vas a hacerme llorar de nuevo. Solo quiero pasar esta semana sin...

—¡Pero ni siquiera es una semana! —me interrumpe—. Son dos días. Solo faltan dos días para el receso del Día de Acción de Gracias, y luego te marchas por un mes entero de nuevo. ¡Más de un mes!

Tomo a Rachel por el brazo mientras caminamos. A pesar de ser yo la que se va lejos de nuevo durante las vacaciones, Rachel cada año siente que es *su* mundo el

que se da vuelta. La expresión de tristeza en su rostro y sus hombros caídos juegan completamente a mi favor, ya que sé que al menos alguien me va a extrañar, y siempre estoy agradecida por su melodrama. Si bien me encanta el lugar adonde voy, sigue siendo difícil decir adiós. Pero saber que mis mejores amigas están contando los días para que regrese lo hace mucho más fácil.

—¿Ves lo que logras? Ya están empezando —le digo al señalarle la lágrima que comienza a caer de mi ojo.

Esta mañana, cuando volvíamos con mi mamá de nuestra plantación de árboles de Navidad, el cielo estaba prácticamente despejado. Los trabajadores en el campo cortaban la producción de árboles de este año y, a lo lejos, se podía oír el zumbido de sus motosierras como si fueran mosquitos.

La niebla se tornó más densa y tuvimos que aminorar la marcha. Se podía ver cómo cubría las pequeñas granjas, la carretera y la ciudad, mientras esparcía la esencia típica de la temporada. Durante esta época del año, en nuestra pequeña ciudad en el estado de Oregon se puede sentir el aroma de los árboles de Navidad recién cortados. En otras ocasiones, el ambiente se cubre con los olores de la producción de maíz dulce y remolacha azucarera.

Rachel mantiene abierta para mí una de las puertas de vidrio y me sigue hacia mi casillero. Una vez allí, sacude su brillante reloj rojo delante de mí.

—Aún nos quedan quince minutos —señala—. Estoy de

mal humor y tengo frío. Vamos a buscar una taza de café antes de que suene la primera campana.

La directora del teatro escolar, la señorita Livingston, de una manera no muy amigable, incita a sus estudiantes a ingerir tanta cafeína como sea necesaria para poder presentar las obras a tiempo. Entre bastidores, la cafetera siempre está llena. Y Rachel, al ser la encargada principal del diseño de escenografía, tiene acceso libre al auditorio.

El fin de semana pasado, presentaron la última función de *La tiendita del horror*. No desarmarán la escenografía hasta pasado el Día de Acción de Gracias, por lo que todavía se encuentra en pie al encender las luces desde el fondo del auditorio. Sentada en el escenario, entre el mostrador de la florería y la gran planta verde come hombres, se encuentra Elizabeth, quien se incorpora al vernos y nos saluda desde lejos.

–Este año quisimos entregarte algo para que lleves contigo a California –comenta Rachel mientras camina delante de mí por el pasillo.

La sigo a través de una hilera vacía de cómodos asientos rojos. Claramente, no les preocupa si estos últimos días en la escuela me los paso llorando. Subo al escenario por la escalera y Elizabeth se levanta, corre hacia mí y me abraza.

–Tenía razón –le comenta a Rachel mientras me sujeta–. Te dije que ella iba a llorar.

–Las odio –les digo cariñosamente.

Elizabeth me entrega dos paquetes envueltos en un papel de Navidad plateado y brillante, aunque ya creo saber qué es lo que me están regalando. La semana pasada visitamos una tienda de regalos en el centro y las vi curiosear sobre unos portarretratos del mismo tamaño que estos paquetes. Tomo asiento para abrirlos y me apoyo contra el mostrador justo por debajo de la antigua caja registradora.

Rachel se sienta con las piernas cruzadas frente a mí, nuestras rodillas se rozan.

–Están rompiendo las reglas –les reclamo. Logro pasar un dedo por debajo de un pliegue del envoltorio del primer regalo–. Se suponía que no haríamos esto hasta que regresara.

–Queríamos que tuvieras algo que te recuerde a nosotras todos los días –comenta Elizabeth.

–Nos da un poco de vergüenza saber que no hicimos esto desde la primera vez que te marchaste –agrega Rachel.

–¿Qué? ¿Te refieres a cuando éramos bebés?

Durante mi primera Navidad, mamá se quedó conmigo aquí, en la granja, mientras papá administraba el lote de árboles en California. Al año siguiente, mamá pensó que debíamos quedarnos en nuestro hogar por una temporada más, pero papá no quería estar lejos de nosotras otra vez. Había dicho que prefería estar lejos del lote por un año y centrar el negocio en enviar los árboles a diferentes vendedores alrededor del país. Pero mamá sintió

lástima por las familias que tienen como una tradición visitarnos para comprar sus árboles. Para ellos también es una tradición muy valiosa, ya que papá heredó el negocio de su padre. De hecho, ellos se conocieron porque mamá y sus padres eran clientes habituales. Por eso, cada año paso allí los días desde el Día de Acción de Gracias hasta Navidad.

Rachel se reclina en el escenario, apoyándose en sus manos.

—¿Tus padres ya decidieron si esta será la última Navidad que pasarán en California?

Logro rasgar una parte de la cinta adhesiva que une los pliegues del paquete.

—¿Los de la tienda envolvieron esto?

Rachel le susurra a Elizabeth lo suficientemente fuerte como para que yo la pueda oír.

—Cambia de tema.

—Perdón —contesto—. Es que odio pensar que este puede ser nuestro último año allí. Saben que las quiero mucho, pero de verdad voy a extrañar visitar ese lugar. Lo único que sé es lo que pude escuchar por casualidad, todavía no me lo han confirmado, pero parecen estar muy preocupados por las finanzas. Hasta que no se hayan decidido, no quiero ponerme de ningún lado.

Si manejamos el lote por tres temporadas más, se habrán cumplido treinta años desde su apertura. En aquel entonces, nuestra pequeña ciudad se encontraba en un

momento de rápido crecimiento. En las grandes ciudades aledañas a nuestra granja en Oregon, se habían establecido algunos de estos lotes, por no decir centenares de ellos. En la actualidad, uno puede comprar su árbol en un supermercado o en una ferretería, o incluso a personas que los venden para recaudar fondos. Sin embargo, los lotes de árboles como el nuestro no son muy comunes en estos días. Si lo abandonamos, nos tendremos que encargar solamente de suministrar a los supermercados y recaudadores de fondos o proveer a otros lotes con nuestros árboles.

Elizabeth apoya su mano en mi rodilla.

—Una parte de mí quiere que vuelvas allí el próximo año porque sé lo mucho que lo disfrutas, pero, si decides quedarte, podremos pasar Navidad juntas por primera vez.

No puedo evitar sonreír al pensar eso. Amo a estas chicas, pero Heather también es una de mis mejores amigas y solo la veo una vez al año cuando visito California.

—Es que toda mi vida pasé allí estos días —les digo—. No puedo siquiera pensar cómo sería si de pronto dejara de... ir.

—Yo te puedo decir cómo sería —intervino Rachel—. Último año de estudios. Esquí. Baños de agua caliente. ¡Nieve!

Pero yo amo estar en California lejos de la nieve, en la costa, a solo tres horas de San Francisco. También amo vender árboles; ver a las mismas familias que nos eligen

año tras año. No sería tan gratificante invertir tanto tiempo plantando y cuidando los árboles solo para entregárselos a otra persona para que los vendan.

–Suenan divertido, ¿no? –agrega Rachel. Se me acerca y mueve las cejas–. Ahora, imagina todo eso, pero con chicos.

Me río como un cerdito y me tapo la boca.

–O no –dice Elizabeth tomando a Rachel por el hombro–. Sería agradable pasar tiempo nosotras solas; nada de chicos.

–Esa básicamente soy yo todas las Navidades –resalto–. Recuerden que el año pasado me dejaron plantada la noche anterior a mi partida hacia California.

–Eso sí fue horrible –dice Elizabeth, aunque se podía notar que le causaba algo de gracia–. Para peor, luego apareció con esa chica rara de pechos grandes en el baile de invierno y...

Rachel le tapa la boca a Elizabeth con un dedo.

–Creo que lo recuerda bien.

Me quedo mirando el primer regalo, todavía sin abrir.

–No lo culpo. ¿Quién querría estar en una relación a larga distancia durante las vacaciones de invierno? Yo no.

–Sin embargo –agrega Rachel–, mencionaste que hay algunos chicos lindos que trabajan en el lote.

–Claro –niego con la cabeza–. Como si papá fuera a dejar que eso ocurriera.

–Está bien, no hablemos más de esto –ordena decidida Elizabeth–. Abre tus regalos.



Logro sacar una parte de la cinta adhesiva, pero ahora mi mente está en California. Con Heather hemos sido amigas prácticamente desde que tengo memoria. Mis abuelos maternos eran vecinos de su familia. Cuando mis abuelos murieron, su familia solía invitarme unas horas a su casa todos los días para darles un descanso a mis padres. A cambio, papá y mamá les regalaban un bello árbol de Navidad, algunas coronas navideñas y les pedían a dos o tres empleados que les cuelguen algunas luces sobre el tejado.

Elizabeth suspira.

—Los regalos, por favor.

Logro romper una parte del envoltorio.

Por supuesto que ellas tienen razón. Me encantaría poder pasar al menos un invierno aquí antes de que nos graduemos y nos vayamos cada una por su lado. Muchas veces soñé que estaba con ellas para la Caminata de Navidad y todas esas cosas que me cuentan que ocurren aquí.

Pero las vacaciones en California son el único momento en el que puedo ver a mi *otra* mejor amiga. Ya hace algunos años que dejé de referirme a Heather simplemente como mi amiga del invierno. Ella es una de mis mejores amigas, y punto. También solía verla durante el verano por unas semanas cuando visitaba a mis abuelos, pero esas visitas terminaron cuando ellos murieron. Me preocupa pensar que, quizás, no pueda disfrutar por completo estas vacaciones con ella, ya que podrían ser las últimas.

Rachel se levanta y camina a través del escenario.

–Necesito tomar algo de café.

–¡Está abriendo nuestros regalos! –grita Elizabeth.

–Está abriendo *tu* regalo –responde Rachel–. El mío es el que tiene el listón rojo.

El primer portarretrato que abro, el del listón verde, muestra una selfie de Elizabeth. Su lengua se asoma por un lado mientras que sus ojos miran en la dirección opuesta. Es como cualquier otra foto que se saca a sí misma, por eso me encanta.

Aprieto el retrato contra mi pecho.

–Gracias.

Elizabeth se sonroja.

–De nada.

–Estoy abriendo el tuyo ahora –grito desde el escenario.

Rachel se acerca lentamente hacia nosotras con tres vasos descartables con café caliente. Cada una toma el suyo. Apoyo el mío a un lado mientras Rachel se sienta frente a mí y comienzo a abrir su regalo. Si bien solo es un mes, la voy a extrañar mucho.

Es otro portarretrato, con una foto de Rachel: su bello rostro se encuentra de perfil y parcialmente bloqueado por una de sus manos, como si no hubiera querido que le tomaran la foto.

–Se supone que tiene que parecer que me persiguen los paparazzi –explica–. Como si yo fuera la actriz del momento que sale de un restaurante *chic*. Aunque, si fuera real,

seguramente tendría un guardaespaldas gigante detrás de mí, pero...

–Pero no eres actriz –la interrumpe Elizabeth–. A ti te interesa el diseño de escenografía.

–Eso es parte del plan –agrega Rachel–. ¿Saben cuántas actrices hay en el mundo? Millones. Y todas ellas están haciendo un gran esfuerzo para que las conozcan, lo que termina siendo un fracaso total. Algún día, mientras me encuentre trabajando como diseñadora de escenografía para algún productor famoso, él notará con solo una mirada que sería una lástima mantenerme detrás de escena, y que debería estar frente a las cámaras. Entonces, él recibirá todo el crédito por haberme descubierto, pero en realidad habré sido yo la que hizo que él me descubriera.

–Lo que me preocupa –le señalo– es que de verdad crees que ocurrirá todo tal como lo dices.

Rachel toma un sorbo de su café.

–Es que será así.

Suena la primera campana. Recojo los envoltorios plásticos y los hago un bollo. Rachel lo toma junto con los vasos descartables y los arroja en el bote de basura que se encuentra detrás del escenario. Elizabeth guarda mis portarretratos en una bolsa de papel y le hace un doblez en la parte superior antes de entregármela.

–Asumo que no nos podremos ver antes de que te marches, ¿no? –pregunta Elizabeth.

–Probablemente, no –le respondo. Las sigo mientras bajamos del escenario y nos tomamos nuestro tiempo para caminar por el pasillo hacia el fondo del teatro–. Esta noche me voy a acostar temprano, así puedo trabajar un par de horas mañana antes de la escuela. Y luego partimos a primera hora el miércoles por la mañana.

–¿A qué hora exactamente? –me pregunta Rachel–. Quizás podríamos...

–Tres de la mañana –le respondo, riendo. Desde nuestra granja en Oregon hasta el lote en California son alrededor de diecisiete horas de viaje, dependiendo de las veces que nos detengamos para ir al baño y del tráfico–. Claro que si quieren levantarse temprano...

–No, está bien –me interrumpe Elizabeth–. Te vamos a desear buen viaje desde nuestros sueños.

–¿Ya te asignaron tus tareas? –me pregunta Rachel.

–Eso creo –hace dos inviernos, en la escuela éramos casi una docena de estudiantes los que viajábamos por los lotes de árboles. Este año, solo somos tres. Por suerte, al haber tantas granjas en la zona, los profesores tienden a ser compasivos debido a los diferentes tiempos de cosecha–. *Monsieur Cappeau* está preocupado porque *pratique mon Français* mientras esté de viaje, por lo que me sugirió que lo llame una vez por semana para practicar.

Rachel me guiña el ojo.

–¿Esa es la única razón por la que quiere que lo llames?

–No seas asquerosa –respondo.

–Recuerda –interviene Elizabeth–. A Sierra no le gustan los hombres mayores.

Me empiezo a reír.

–Están hablando de Paul, ¿no? Solo salimos una vez, pero luego lo encontraron con una lata de cerveza abierta en el auto de un amigo.

–En su defensa, él no se encontraba conduciendo –resalta Rachel. Antes de que yo pueda responder, ella levanta su mano–. Pero te entiendo. Tomaste eso como una señal de que podía convertirse en un alcohólico, o en esos que toman malas decisiones, o... lo que sea.

Elizabeth mueve la cabeza.

–Eres demasiado exigente, Sierra.

Rachel y Elizabeth siempre se burlan cuando hablan de mi estándar de chico ideal. Veo a muchas compañeras que salen con muchachos que las terminan decepcionando. Quizás no al principio, pero en algún momento de la relación. ¿Por qué desperdiciar años o meses, o incluso días, en alguien así?

Antes de llegar a la puerta doble que nos lleva de vuelta al pasillo, Elizabeth se adelanta y gira hacia nosotras.

–Voy a llegar tarde a mi clase de Inglés, pero veámonos para el almuerzo, ¿les parece bien?

Esbozo una sonrisa porque siempre nos vemos para el almuerzo.

Una vez en el pasillo, Elizabeth desaparece entre los demás estudiantes.

–Dos almuerzos más –dice Rachel al caminar mientras simula secarse una lágrima–. Es lo único que nos queda. Pensar en eso me hace dar ganas de...

–¡No! –la interrumpo–. No lo digas.

–No es nada, no te preocupes –mueve su mano con desdén–. Tengo muchas cosas que me mantendrán ocupada mientras tú estés disfrutando de California. Veamos, el próximo lunes comenzaremos a desarmar la escenografía. Eso tomará aproximadamente una semana. Luego, me encargaré de ayudar al Comité de Baile a que terminen de organizar el evento de invierno. No está relacionado con el teatro, pero me gusta usar mis habilidades siempre que sea necesario.

–¿Ya decidieron el tema de este año? –le pregunto.

–El Cristal del Amor –contesta–. Sé que suena algo cursi, pero ya tengo algunas ideas muy interesantes. Me gustaría decorar todo el gimnasio de manera tal que parezca que estamos bailando dentro de una bola de cristal con nieve. Seguramente esté bastante ocupada para cuando regreses.

–¿Ves? Apenas tendrás tiempo para extrañarme –le digo.

–Tienes razón –contesta Rachel. Me da un pequeño empujón mientras caminamos–. Pero más te vale pensar en mí.

Y seguro que lo haré. A lo largo de mi vida, extrañar a mis amigas se ha vuelto una tradición navideña.